

LA TERCERA EDAD

Armando Incer Barquero

Persona mayor de 80 años, delgado, alto, semi encorvado; así era don Concho.

El y su esposa habían trabajado mucho mientras tuvieron ánimo y fuerzas y lograron hacer un bonito capital.

Yo lo conocí cuando ya era viudo y se encontraba bastante sordo. En la finca que tenía en una zona alta la neblina permanecía hasta horas avanzadas de la mañana y las rachas de viento frío obligaban a sus moradores a andar siempre de suéter.

Don Concho recorría sus tierras montado en un hermoso macho. Un día, mientras hacía su ronda habitual, le sobrevino un repentino derrame cerebral y cayó de su montura. Menos mal que aterrizó en un zacatal y sólo sufrió golpes ligeros. El animal no se movió de su lado.

Horas más tarde, sus familiares, al notar que don Concho no regresaba de su acostumbrado recorrido, dispusieron salir a buscarlo. Orientado por la presencia del noble macho, no tardaron en localizar al anciano.

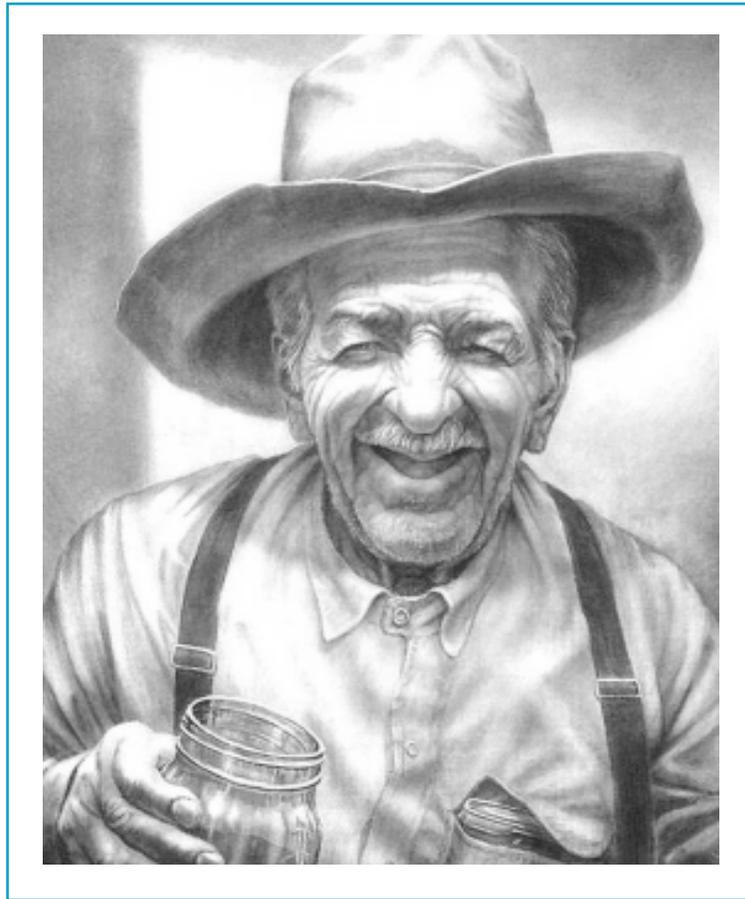
Lo acostaron en una hama-ca y dispusieron llevarlo a la ciudad.

Yo lo atendí en el hospital, donde permaneció unos 8 días.

Tanto sus hijos como yo, notábamos que el enfermo se parecía desorientado: no nos reconocía, no sabía donde estaba, olvidaba su nombre, etc.

Aconsejé llevarlo a Managua, para que lo viera un especialista en Geriátría. Y yo me fui con él.

Durante la consulta con el doctor, don Concho estuvo muy colaborador. Había que alzar la



voz para que oyera.

- Cómo se llama Ud.? -gritaba el doctor.

- Concho.

- Dónde vive?

- En mi finca

- Cuántos años tiene?

- 84

El Doctor me quedó viendo y con una sonrisa maliciosa, de broma, hizo un comentario, en voz baja:

- Este señor, ya nos está robando oxígeno, dijo.

Finalmente el médico no prescribió ningún medicamento.

- Su desorientación se debe su edad, a la mala circulación cerebral. Les recomiendo estar atentos con sus alimentos. Puede comer de todo lo que quiera.

Además, hay que darle un trago de whisky en la mañana para que se anime a bañarse,

otro trago a mediodía para que almuerce con apetito y un trago doble por la noche, para que duerma sin frío.

Unos dos años más tarde, tuve yo la oportunidad de visitar a don Concho. Lo hallé tomando un buen plato de sopa de res, con abundantes verduras.

La habían puesto un gran babero, para que no ensuciara su camisa, pues él insistía en manejar la cuchara.

Sin decir una palabra, me senté frente a él. Su mirada iba de mi persona al plato de sopa en repetidas ocasiones; su mente trabajaba recordando quien era yo.

Poco antes de terminar su sopa, se le iluminaron sus ojos y dijo sonriendo ¡Doctor!

¡ Qué buena medicina es el whisky, pensé yo!